

EL SIGLO FUTURO

DIARIO CATÓLICO

PRECIOS DE SUSCRICIÓN: Edición grande: en Madrid, 12 rs. un mes.—En provincias, un trimestre 40 rs., remitidos á esta administración en libranzas del Giro mútuo, ó 41 rs. de la Empresa del Sello, que se expenden en todos los estancos del reino; ó 40 rs. en sellos de comunicaciones con exclusión de los de guerra. Este último medio está espuesto á extravíos sin certificado. En la Isla de Cuba y Puerto-Rico, un trimestre 70 rs., satisfaciéndolo en esta administración; y 80 rs. en oro ó plata en casa de nuestros corresponsales en la Habana y Puerto-Rico. En Filipinas, un trimestre 80 rs. En el extranjero, un trimestre 18 francos, y 20 por comisionado. Números sueltos en la administración 1 real. Anuncios á precios convencionales.

PUNTOS DE SUSCRICIÓN: Administración en Madrid, calle del Turco, número 18 duplicado, bajo derecha, y en las principales librerías de la capital. En provincias, en las principales librerías que son nuestros corresponsales. En la Isla de Cuba, don Pedro Rivera, calle de San Ignacio, número 50. En Puerto-Rico, D. Celestino Díaz. En Manila, D. Gerónimo Memije, regente de la imprenta de Santo Tomás. En Bayona, librería de M. Lasserre.

Para anuncios extranjeros en París, D. C. A. Saavedra, rue Taitbout, 55.

CONTROVERSIAS Y ESTUDIOS BÍBLICOS.

EL LIBRO DE JUDITH.

(Continuación.)

Pero aunque rey, era tributario y súbdito de su hermano primogénito, dependiendo entonces Babilonia de Nínive. Salmugina se fatigó de su situación subalterna. Habíase extendido un descontento general por Caldea, Arabia, Siria y Palestina. El momento parecía propicio para una revuelta general. El rey de Asiria, previendo próximas turbaciones, dirigió una proclama á los babilonios, fechada el 23 del mes de Yygar, de la eponymia de Asar-dur-azur, hácia el año 650 ántes de Jesucristo. En este documento se recuerda sus beneficios y la estrecha fraternidad que unió á Asiria y á Babilonia.

Salmugina no por esto dejó de continuar sus proyectos de revuelta, después de haberse asegurado el concurso del rey de Elam y de los gobernadores de Caldea. «Vahia, rey de Arabia, habiendo sabido que los babilonios y los elamitas estaban á punto de sublevarse, se alió con ellos, esperando que si su empresa tenía buen éxito podría apoderarse él mismo de Palestina y de Siria. Vahia formó dos cuerpos de ejército. Condujo uno de ellos á Palestina, pasando por Humes, Moab, Hauran y Hamath, en donde su marcha fué detenida por los generales asirios, que le batieron y le hicieron retroceder á su país. Había colocado el otro ejército bajo el mando de dos jefes, Ainou y Abiyah, y los había enviado á Babilonia para apartar de él la atención de los asirios y dar auxilio á Salmugina en Babilonia.

Asurhussupál... supo de repente que había estallado la revolución, que Elam, Babilonia y Arabia habían sacudido de concierto el yugo asirio. Y se puso en seguida á reprimir la. Después de diversas peripecias, sus tropas, al mando del general llamado Bel-Ibni, derrotaron á los confederados. En 648 fué tomada Babilonia, después de lo cual los diversos generales asirios batieron á los revoltosos en todos los puntos donde se habían refugiado á consecuencia de su primera derrota. Salmugina, viendo á su capital en poder de su hermano, puso fuego á su palacio, y pereció en medio de las llamas.

Los pormenores que nos dan acerca de esto los documentos asirios, nos explican perfectamente la conducta y la marcha de Holofernes. Nosotros le hemos visto al fin de su primera campaña combatiendo contra los árabes que no habían sido mencionados entre los revoltosos en el capítulo 1.º de Judith. Y es que su revuelta fué posterior á la de los pueblos de orillas del Mediterráneo, y no pudo verificarse, como acabamos de verlo, más que en la época de la insurrección de Babilonia.

Esta insurrección imprevista de Babilonia obligó á Holofernes á modificar sus planes. A causa de la necesidad de reprimir la, fué llamado por Asurbasupal al teatro de esta nueva guerra. Holofernes llevó, pues, sus tropas desde el río Chaboras hasta el Golfo Pérsico, como nos lo dice el texto sagrado, pues la revuelta, como acabamos de verlo, se extendió hasta el mar, al sur de Babilonia. El nombre del río Chaboras ha sido desfigurado por los copistas en el texto de Judith, y se ha convertido en Mambre en la Vulgata, y Absona en los Setenta; pero los críticos reconocieron en él sin gran dificultad al afluyente del Eufrates, porque Abson, con su terminación semítica, no es más que una ligera alteración de Chabur ó Chaboras.

Los analectos de Asurbasupal explican, pues, y confirman, esta segunda campaña de Holofernes, contada sumariamente en el libro de Judith. Holofernes es uno de sus generales asirios, de los cuales dicen los textos indígenas que reprimieron la revolución de Babilonia y Caldea.

III. Hemos visto que Asurbasupal no se contentó con hacer la guerra: á su hermano, sino que mandó á sus generales persiguiesen á todos los aliados que habían tomado parte en la revuelta. Hemos visto también que entró los aliados de Salmugina se hallaban los árabes, los cuales habían sido divididos por su rey en dos cuerpos de ejército, de los cuales uno había sido

encargado de atacar la Idumea, Moab, el Hauran y Hamath. Estos dos cuerpos de ejército fueron vencidos por los asirios. Si no nos equivocamos, fué Holofernes uno de sus vencedores en su tercera campaña, después de haber causado pérdidas á una parte de ellos al fin de la primera. Parécenos imposible, con efecto, no notar la gran semejanza que tiene la relación de esta campaña en el libro de Judith con la relación de Asurbasupal.

Hé aquí la relación del libro de Judith, según la Vulgata: «Hízose dueño del país desde Cilicia hasta los confines de Jafet, que están al Mediodía. Llevó cautivos á todos los hijos de Madiau, saqué todos sus riquezas, y mandó pasar á cuchillo á todos los que se resistían. Descendió en seguida á los campos de Damasco, en tiempo de la siega, quemó todos los trigos, y mandó cortar todos los árboles y todas las viñas.» (Judith, 11, 15, 17).

Los términos con que el texto griego menciona el tratamiento dado á los medianitas, merecen aquí ser referidos: «Cautivo á todos los hijos de Madiau, y quemó sus tiendas, y saqué todos los terrenos en que tenían sus rebañes.» Los medianitas de que se habla aquí son, ciertamente, beduinos nómadas, árabes.

Hé aquí ahora la relación de Asurbasupal: «Vahia sublevó los hombres de Aribi (Arabia) y olvidó la victoria que Asur ó Isar, los grandes dioses, me habían dado sobre sus pueblos, la monarquía que yo había establecido y que ellos habían puesto en mis manos. Según la voluntad de Asur y de Isar, mandé entrar mi ejército en las provincias del país de Azaran, de Hira-kara, de Ildum (Idumea), en los alrededores de la ciudad de Yabuda, en la ciudad de Bit-Amman, en las provincias del país de Haurimu (Hauran), en el país de Moaba, Moab, de Sabarri y de Substi. He combatido á sus innumerables tropas, y las he derrotado. He destruido con las armas á los hombres que habían venido con él, y él mismo escapó delante de los ejércitos invencibles de Asur y marchó á países lejanos. He entregado á las llamas sus tiendas, sus moradas, sus habitaciones.»

Véase por estas últimas palabras que el tratamiento dado á los beduinos es expresado en términos casi idénticos en el texto griego de Judith, y en la inscripción de los cilindros de Koyundjik.

(Se continuará.)

CARTA DE MANILA.

(Continuación.)

Quedaría solo el trayecto de la cordillera, que debería recorrerse á pie, y se reduciría á cuatro ó cinco leguas de camino. Abierta así una vía de comunicación, podrían los misioneros visitar las muchas rancherías que en el paso se encuentran y formar reducciones en los puntos más ventajosos, haciendo así una línea de pueblos en las riberas de los ríos Agusan ó Hijo, con la cual se daría un grande empuje á la reducción y conversión de aquellos infieles.

Dávao es un bonito, pero pequeño pueblo, situado en la orilla izquierda del río Dávao, en la costa occidental del seno del mismo nombre, frente á la isla de Sámal. Tiene buena iglesia, buenas escuelas, buen tribunal y buenas plazas con buenas calles. ¡Ojalá fuesen también buenas las costumbres! Nuestros Padres han trabajado mucho para arreglar aquello; pero sus esfuerzos se han frustrado por muchas causas difíciles de remediar. Han formado varias reducciones en la isla de Sámal, y por causas muy tristes han visto desaparecer varias veces los pueblos que con tanto trabajo habían formado. Ahora se han visto á reunir los que en otro tiempo se bautizaron.

Muchas son las razas que habitan en la falda de los montes de la costa occidental del seno de Dávao, desde el río Hijo hasta las islas Saranganis. Moros, manobos ó atas, bagobos, bílanes, sangulies, ubos; casi todos hablan un dialecto diferente. Los atas ó mandayras del monte Apo hablan el mismo dialecto de los moros de Mindanao; el dialecto

de los tsagaolos es una mezcla de visaya y manobo. Los talaoos que se encuentran en las islas Saranganis son procedentes de las islas de los Senguiles. En algunas de estas razas se hacen sacrificios humanos. Yo mismo vi el tronco en que fué atado un esclavo, para matarle primero de un modo muy cruel y sacrificarle después. Aunque estas razas se hostilizan entre sí continuamente, como tienen gran respeto al Padre misionero, desearían tenerle en sus rancherías para estar libres de los enemigos y evitar así las desgracias á que están expuestos continuamente.

Túban: En una hermosa comarca situada á la falda del elevadísimo monte Apo, distante como unas seis leguas de Dávao, se está formando una reducción de tsagaolos llamada Túban. Fué verdad: dije Mis en la capilla de nipa y caña que el Padre Vivero había levantado, se reunieron los nuevos cristianos para visitarme. Es gente bien formada y dispuesta; trazamos los planos de los edificios públicos, iglesias, casa y huerta del misionero, plazas, escuelas, etc., plantando cañas y palos para dar señalados los sitios necesarios. Se estaban preparando algunos catecúmenos para recibir el Santo Bautismo. Les prometí una campaña y una estatua de San José, por haberle escogido por patrono. A consecuencia de haber quedado intacta una estampa del Santo en una ocasión que se quemó la capilla donde se lo veneraba. En esta raza los hombres se agnerean las orejas y las adornan con grandes botones de marfil, de los que cuelgan grandes sartas de abalorios. Gastan mucho en semejantes adornos. Castigan con mucho rigor los robos y las faltas contra el sexto mandamiento: tienen otras buenas cualidades. Los hombres hacen sus viajes montados en caballos raramente....

Después de cuatro días empleados en recorrer las faldas del Apo, no sin peligros por la mala tripulación, volví á Dávao para terminar la visita de aquella cabecera como debíamos emprender una larga, penosa y difícil navegación, pues se trataba de recorrer en baroto toda la costa del Pacífico, desde Dávao á Surigao. El Padre Marcelino Vivero (Caesáns), que por última vez debía acompañarme hasta Caraga, por ser bastante práctico en aquellas terribles costas, se encargó de preparar nuestra pequeña embarcación. Concluida la visita, salimos el Padre Bové, el Padre Vivero y yo con rumbo á la isla de Manila, donde está nuestra casa, resueltos á ir de nuevo se reuniesen en aquel punto. Respondieron que tardaría Michars (parlamento) general para determinar si debían reunirse ó no. Después de haber escogido á los datos que cuida de la casa del misionero, que está ya bastante deteriorada, salimos para Binuni, distante como una legua. Es este un ameno sitio, donde se han reunido todos los cristianos sámales bajo la protección del Sr. D. José Campos, quien hace trabajar á aquellos pobres infieles, compartiendo con ellos el fruto de sus sudores. Por no haber todavía capilla, se dijo la Misa en la sala de la casa de dicho señor Campos, á la que asistieron todos aquellos nuevos cristianos, nuevamente reunidos. Se les exhortó á permanecer allí formando población, se les repartieron algunos objetos piadosos, y después de dar las órdenes convenientes para concluir cuanto ántes la capilla empezada ya, salimos acompañados de aquella nueva y pequeña grey cristiana hácia el embarcadero, para emprender la travesía á Sigáboy, la que hicimos en un día y una noche sin contratiempo alguno, á pesar de exponernos demasiado por ir mucha gente en una embarcación muy pequeña.

Está Sigáboy en la costa oriental del seno de Dávao, distante seis leguas del cabo San Agustín. La visita de Dávao, pero pequeña. La iglesia y casa del misionero están en buen estado. Fuimos muy bien recibidos, y me pidieron con muchas instancias les concediese tener un Padre como antes tenían, porque, decían, si no tenemos Padre, la gente se va y no aumenta la población. Esta es la petición de todos los pueblos, por ser grande el deseo de tener un Padre misionero, que suele ser para los

hombre excelente, ella una mujer sin tacha, y su hogar envidiable.

—Mire Vd., caballero,—exclamó la hija del ingeniero encolerizada:—si me hicieran caso, nadie le dirigiria á Vd. la palabra. Vd. de todo se acuerda, y todo lo tergiversa. Es Vd. una mala peste.

—Vamos, vamos, hijita,—dijo el ingeniero. —¿Quieres callarte, papá?—gruñó la pobre hijita meneando la cabeza con ademán espantoso, como javalí herido.

—Es más viva que la pimienta,—dijo sonriéndose el papá.

El periodista se levantó, y mostrando aire compungido y contrito, se acercó á su enfurecida enemiga con heroico valor, que hubiera hecho temblar á los concurrentes, si la fiera hubiese tendido á mano algún instrumento cortante.

—Ignoro,—le dijo el muy socarrón,—en qué he podido ofender á Vd.... —¡Ah! ¡Vd. lo ignora! —Lo ignoro. Pero no quiero que Vd. se enfunde conmigo esta semana.

—¿Y por qué esta semana, caballero? —Porque aún no tengo pareja para dos rigodones en el baile del jueves.

—¡Jamás! ¡Ni una! El tono de la voz de la solterona era ya menos áspero.

—Pues sean tres.

—¿Qué números quiere Vd., mala lengua? Y la solterona, cuya voz era ya meliflua, sacó

los indios el refugio en todas sus necesidades y apuros. Sigáboy podría aumentar bastante, por haber á lo largo de aquella costa varias rancherías de moros é infieles. Hácia el cabo de San Agustín se encuentran las rancherías siguientes: Tibámban, Magdang, Luzon, Cavitárgan, Tagavivi y Pundaguitan. Hácia el río Hijo, que está al Norte del seno, se encuentran las de Dumagaog, cuyo capitán Magundag, jefe ó datto de todas las rancherías de infieles, es muy malo y se opone cuanto puede á la reducción: Huangon, Batobato, Sumlug, Mátlan y Quiquin. Las rancherías de los moros están en las embocaduras de los ríos Lásan, Tágun, Madáum, Hijo, Mátlan y Sumlug, que desembocan todos en Norte del seno.

Arregladas ya las cosas de Sigáboy, salimos entre siete y ocho de la mañana del 30 de Agosto hácia el cabo de San Agustín. Quisimos doblar á la caída de la tarde una larga punta, para fondicar cerca del cabo en Pundaguitan; pero fué tal la marejada que un fuerte viento Sur levantaba, que reventaron tres veces las olas dentro del baroto, mojándonos de pies á cabeza. Fué preciso que remáramos todos para salvarnos, pues era muy grande el peligro que corríamos de estrellarnos contra unas peñas á que las olas nos arrojaban. ¡Cuán horroroso es luchar con las olas en la oscuridad de la noche! Fondados en fin, en una ensenada, descansamos tranquilos, á pesar de la lluvia y de los truenos que sobrevinieron. Nos cargó de tal manera el sueño, que si no me hubieran despertado al amanecer, hubiera doblado el famoso cabo de San Agustín sin verlo, lo que hubiera sentido mucho.

Erán las seis de la mañana del 1.º de Setiembre, cuando con una mar muy tranquila doblamos aquel cabo, que á manera de flecha se introduce en el Pacífico. Sus costas son muy escarpadas y solitarias, pues nadie vive en ellas. Hay fuertes corrientes, así es muy expuesto separarse de la costa: el oleaje es siempre grande, pero majestoso en tiempo de calma. Abundan en aquellas playas las tortugas; las vimos muy cerca de nuestro baroto. No vimos casa ni gente hasta que llegamos al anochecer á la hermosa bahía de Pujaga.

Mati: A unas ocho leguas de San Agustín, en la costa oriental de Mindanao, á los 6º y 35' se encuentra la hermosa bahía de Pujaga, muy semejante á la de Manila, aunque mucho más pequeña, pero más segura en tiempo de tempestad. Mati es una gran ensenada formada por la falda de la montaña. En la parte N. O. está el segurísimo puerto de Valeta, desde donde en cinco ó seis horas se atraviesa el pequeño istmo que media entre dicha bahía y el seno de Dávao. El misionero de Sigáboy debe atravesar muchas veces este istmo por un malísimo sendero para visitar el pueblecito de Mati, que está situado al Norte de la bahía, en una posición bellísima. Aunque Mati es actualmente una visita muy pequeña, sin embargo, por su segura y hermosa bahía, por su feracísima y amena comarca y por los muchos vecinos infieles mandayras que viven en los montes vecinos, puede llegar á ser una grande é importante población. Bastaría que el gobierno abriese una vía fácil y espedita entre Dávao y Mati, y que facilitase la reducción de los infieles, estableciendo mercados en los pueblos y prohibiendo el comercio en los montes, no obligando á pagar tributo á los nuevos reducidos, según lo dispuesto en las sábias leyes de Indias. Porque viendo ahora los infieles que se les imponen cargas á que no están acostumbrados, si tratan de reunirse en los pueblos de cristianos, prefieren vivir en los montes donde nadie les incomoda. ¡Cuántas veces los trabajos de infatigables misioneros en reunir en poblado á los infieles del monte han sido frustrados por el mal trato que se ha dado á los que se han reunido con los cristianos ó han formado población!

En Mati se trazó el plano para la iglesia y casa del misionero, pues estaban animados para levantarle todo de nuevo. Se les ha enviado, como se lo prometí, una estatua de San Lorenzo, su patrono, una campana y otras cosas para el adorno de la futura iglesia.

una cartera de baile que siempre llevaba consigo.

—Los que Vd. quiere,—dijo el periodista,—me he guardado muy bien de invitar á nadie antes que Vd.

La solterona enternecida le miró con ternura.

—El mejor día revienta,—pensó el periodista,—si no me caso con ella.

—Pero, vamos á ver,—le preguntó la hija del ingeniero completamente tranquilizada:—¿he hecho Vd. devoto?

—¡Ay!—replicó el periodista.—Mi educación ha sido muy mala, y mi corazón es muy pequeño. La religión me seduce cuando veo ó oigo á los que reniegan de ella, y me espanta cuando oigo y veo á los que la tienen.

—¿Eso es un cumplimiento que Vd. nos hace? —preguntó la presidenta.

—No, señora,—contestó el periodista,—es pura y simplemente una consideración filosófica. Aseguro á Vd. que cuantas veces he tratado con gentes verdaderamente religiosas, hombres y mujeres, he encontrado en ellas, con relación á mí al menos, una superioridad de sentido común y de virtud que me desconcierta y causa miedo; porque no sé por cuáles procedimientos se llega á eso, y no me atrevo á averiguarlo. Las mujeres tienen no sé qué, que las hace amar con respeto infinito; los hombres naturalmente se muestran levantados por encima de una porción de ideas, pequeñeces y miserias que me repugnan, y que, sin embargo,

Salimos de Mati á las diez de la noche, y al amanecer llegamos al hermoso seno de Mayo, desde donde se ve el elevadísimo monte Apo que descuelta entre todos los de Dávao, como las montañas de Monserrate en Cataluña. Mientras atravesábamos el seno, contemplábamos las castas y sembradas de la única ranchería de moros que hay en las costas del Pacífico. Está situada esta ranchería en la punta Tabóbon, en la que corrimos algun peligro por la grande corriente y oleaje que se levantaba. Los moros de aquella ranchería son pacíficos: en cierta ocasión recibieron muy bien al Padre Bové, y le prestaron sus caballos para que proseguiere su camino por tierra, que es el modo de viajar más seguro. Vimos desde la playa la mezcla de estos moros, que es bastante grande. No fuimos á verla por ser ya tarde y querer llegar cuanto antes á la visita de Mampánon, que ya se divisaba. De los moros de esta ranchería cuentan que se rennen todos los años para tener ocho días de ejercicios, durante los cuales guardan un riguroso silencio; los panditas lo observan durante un mes. Un misionero presenció en cierta ocasión una de sus funciones religiosas, en que los panditas, vestidos con trajes talaros, hacían sus sacrificios, que consistían en ofrecer un cordero que ponían muerto sobre una mesa que sirve de altar. Por su carácter pacífico y por sus costumbres, más bien se parecen á los judíos que á los moros. Otra vez que pase por allí procuraré informarme más de sus cosas y tratar con aquella gente que más bien causa compasión que miedo.

A una legua de distancia de dicha ranchería, en una ensenada llamada de Dunga, se encuentra la visita de Mampánon de muy pocas casas. No la hay para el misionero, y así tiene éste que hospedarse en el pequeño y miserable tribunal. Han levantado otra iglesia al lado de la antigua, que además de ser pequeña, no vale absolutamente nada. Esta visita no tiene porvenir alguno, y así conviene que se agregue á la inmediata de Manay.

En Manay un pueblecito de una cabecera colocada en una ensenada que tiene dos bancos muy peligrosos. La comarca es muy fértil y hermosa. Podría regarse, fácilmente la llanura en que está situado el pueblo con las aguas del río Manay, que corren cristalinas casi al nivel del terreno. Con la reducción de los muchos mandayras que habitan en la zona montañosa, unas de hallámasa su posición. La gente me pareció bastante lista y buena. Hablé con un viejo de larga y blanca barba, que es el fundador de aquella visita. Sus tres hijos, barbudos también como él, más parecen españoles que indios. Fuimos muy bien recibidos; toda la población se trasladó á la playa cuando nos vieron llegar, y entre dos filas de cristianos é infieles que cantaban himnos de alegría, fuimos acompañados á la iglesia, donde por ser domingo se reunió toda la gente para oír la santa Misa. Como éramos tres los sacerdotes, tuvieron el consuelo de oír dos Misas casi todos, cosa nunca vista en aquella visita. Están muy empuñados en atraer infieles para aumentar la población. Estaban haciendo una iglesia, y ya se les ha enviado una bonita estatua de San Francisco Javier, su patrono, y dos campanas que les prometimos.

Agregándose á Manay las visitas de Mampánon y Bunga podrá ser un pueblo regular y de buen porvenir por la feracidad del terreno.

A la caída de la tarde salimos el Padre Bové y yo con algunos indios para Bunga, por tierra, y montados en muy buenos caballos, que allí abundan. Puede irse de Manay hasta Caraga por tierra, se encuentran al paso las visitas de Bunga y Tubud; el camino es regular. Para ir por mar hay que doblar algunas puntas muy peligrosas por las corrientes: Bunga dista de Manay como una legua y media por tierra. Es una reducción de cristianos nuevos, pero mal situada. Para cojer agua han de bajar un peñon muy alto y escarpado, que está sobre el mar, al pie del cual brota un manantial de fresca y rica agua, que á pocos pasos se mezcla con la del mar.

(Se continuará.)

FOLLETIN.

LA MUJER HONRADA.

(Continuación.)

—Las conozco y las perdono,—respondió el periodista con expresión de alegría que al presidente le pareció gruesa, aunque en realidad era suficientemente respetuosa.—Pero,—prosiguió,—si todos reconocemos que se tiene el derecho de cambiar de opinión, debemos reconocer que también se tiene el derecho de no cambiar, que el hombre es libre de conservar un sentimiento antiguo, como es libre de tener uno nuevo. Hay que convenir en que el señor ingeniero se ha hecho incrédulo con toda sinceridad, y que el Sr. de Marsailles con toda sinceridad se ha conservado cristiano.

—Sin duda ninguna,—se apresuró á decir el ingeniero, poco deseoso de continuar el debate. —Y si tiene religión, hace muy bien en no ocultarlo, añadió el periodista.

—¿Qu' on puisse aller même á la messe, ainsi le vent la liberté!

dijo en tono declamativo el presidente, procurando ponerse gracioso.

—Señorita,—dijo el periodista volviéndose á la hija del ingeniero,—ya oye Vd. al señor presidente. Tenemos de nuestra parte la autoridad de la ley.

—Lo mismo da,—replicó la solterona muy cargada,—diga Vd. lo que quiera, á mí no me gustan los hombres devotos.

—Otro cambio de opinión!—exclamó el periodista.—Cien veces la he oído á Vd. alabar las virtudes y la piedad del Sr. Duprat, el dependiente principal de su padre de Vd.

—¿A mí?—balbuceó la solterona roja como un tomate.—¡Jamás! Vd. era quien se burlaba de él.

—¡Cambio de opinión! No hacemos otra cosa en Chignac. Pero recuerde Vd. bien: es cierto que yo encontraba al Sr. Duprat demasiado simple, candoroso y sin trastienda; y Vd. me aseguraba que era hombre honradísimo, mabilísimo y sumamente galante, de corazón bueno y firme, capaz de hacer á una mujer completamente dichosa. Me acuerdo como si lo hubiéramos hablado ayer, y sin embargo, nuestra conversación fué anterior á su matrimonio, hace más de un año. Ahora Vd. ha adoptado mi opinión y yo la de Vd., y otra vez no nos entendemos. Nada más frecuente. Pero permítame usted que le diga que Vd. estaba en lo cierto; yo veo ahora que me equivocaba por falta de experiencia. El Sr. Duprat ha sabido elegir mujer; la elegida es muy feliz, y muy mujer de su casa. Apelo si no á estas señoras.

—Cierto, cierto,—respondieron todas cariñosamente, á excepción de la tímida recién casada, que sufría por la víctima del periodista, como antes había sufrido por Valerio:—él es un